

sacerdocio podían disfrutar la unción, el Espíritu compuesto y todo-inclusivo.

La morada de Dios es el Cuerpo, la vida del Cuerpo, la vida de iglesia. Debemos orar: “Señor, pon en mí la carga por Tu Cuerpo. Quiero hacerlo todo en el Cuerpo, por medio del Cuerpo y para el Cuerpo. No quiero dejar de asistir a las reuniones porque alguien me ofendió”. Si una persona nos ofende, debemos perdonarla; para poder perdonarla, necesitamos tomar la unción como nuestra persona. Además, debemos servir en la vida de iglesia en alguna manera; debemos participar en un servicio práctico, ya sea predicar el evangelio, pastorear a las personas o desempeñar algún otro servicio, debido a que en el servicio sacerdotal disfrutamos de la unción.

**LA UNCIÓN DEL ESPÍRITU COMPUESTO, VIVIFICANTE  
Y TODO-INCLUSIVO CONSTITUYE EL ELEMENTO  
DE NUESTRA UNIDAD PARA QUE SE LLEVE A CABO LA EDIFICACIÓN  
DEL CUERPO DE CRISTO EN LA IMPARTICIÓN DIVINA  
DE LA TRINIDAD DIVINA; EL TERRENO DE LA UNIDAD  
ES SIMPLEMENTE EL DIOS TRIUNO PROCESADO  
APLICADO A NUESTRO SER**

La unción del Espíritu compuesto, vivificante y todo-inclusivo constituye el elemento de nuestra unidad para que se lleve a cabo la edificación del Cuerpo de Cristo en la impartición divina de la Trinidad Divina; el terreno de la unidad es simplemente el Dios Triuno procesado aplicado a nuestro ser (Sal. 133; Ef. 4:3-6). Ésta es la unidad del Espíritu. El Espíritu compuesto es en Sí mismo la unidad; esto lo vemos en el salmo 133. ¡Cuán maravilloso, bueno y delicioso es que podamos disfrutar al Espíritu que unge como nuestra unidad!—E. M.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

### Permanecer en Cristo

#### (Mensaje 8)

Lectura bíblica: Jn. 14:23; 15:4-5;

1 Jn. 2:27-28; 3:24; 4:13; Ap. 21:3, 22

- I. Permanecer en Cristo es morar en Él, mantenernos en comunión con Él, a fin de experimentar y disfrutar el hecho de que Él permanece en nosotros—Jn. 15:4-5; 1 Jn. 2:27:
  - A. Permanecer en Cristo es vivir en la Trinidad Divina, es tomar a Cristo como nuestra morada—vs. 6, 24, 27-28; 3:6, 24; 4:13:
    1. Permanecer en Cristo es permanecer en el Hijo y en el Padre (2:24); esto es permanecer y morar en el Señor (Jn. 15:4-5).
    2. Permanecer en Cristo es permanecer en la comunión de la vida divina y andar en la luz divina, esto es, permanecer en la luz divina—1 Jn. 1:2-3, 6-7; 2:10.
  - B. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es vivir con la Trinidad Divina, esto es, tener la presencia de Cristo como nuestro disfrute, de modo que Él sea uno con nosotros, esté con cada parte de nuestro ser y participe en cada aspecto de nuestro vivir—Mt. 1:23; 18:20; 28:20; 2 Ti. 4:22; 2 Co. 2:10; 1 Co. 7:24:
    1. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que las palabras de Cristo permanezcan en nosotros, a fin de llevar fruto que permanezca para que glorifique al Padre—Jn. 15:7-8, 16.
    2. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que el Espíritu de realidad, quien es la presencia del Dios Triuno, permanezca en nosotros—14:17.
- II. Debemos permanecer en Cristo, nuestro Rey y nuestra morada real, a fin de que Él pueda permanecer en nosotros y convertirnos en Su reina y Su palacio real, Su iglesia gloriosa—Sal. 45:13, 8; Jn. 15:4-5; Ef. 5:27; Ap. 22:5; Ro. 5:17; cfr. Cnt. 6:4:
  - A. Permanecer en Cristo es morar en Él, el Dios eterno, nuestro

- Señor, viviendo en Él y tomándole como nuestro todo—Jn. 15:4-5; 1 Jn. 4:15-16; Ap. 21:22; Dt. 33:27a; Sal. 90.
- B. Debemos morar en Dios, viviendo en Él a cada minuto, porque fuera de Él lo único que encontramos es pecados y aflicciones—vs. 3-11; Jn. 16:33.
- C. Tomar a Dios como nuestra habitación, nuestra morada eterna, es la experiencia más elevada y más completa que podemos tener de Dios—Sal. 91.
- III. Permanecer en Cristo, tomándole como nuestra morada, y permitirle que more en nosotros y nos use como Su morada, es vivir en la realidad de la incorporación universal del Dios Triuno procesado y consumado con los creyentes redimidos y regenerados—Jn. 14:2, 10-11, 17, 20, 23:
- A. La Nueva Jerusalén es la máxima incorporación del Dios Triuno procesado y consumado con la iglesia tripartita que ha sido regenerada, santificada, renovada, transformada, conformada y glorificada—Ap. 21:3, 22.
- B. La Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios, y el centro del tabernáculo es Cristo, el maná escondido; la manera de ser incorporados en esta incorporación universal divino-humana, que es la morada mutua de Dios y el hombre, es comer a Cristo como el maná escondido—v. 3; Éx. 16:32-34; He. 9:4; Ap. 2:17.
- IV. Al amar a Cristo permanecemos en Él para que Él permanezca en nosotros—Jn. 14:21, 23:
- A. Cuando amamos al Señor Jesús, Él se manifiesta a nosotros, y el Padre viene junto con Él para hacer morada con nosotros a fin de que lo disfrutemos; esta morada es una morada mutua, en la cual el Dios Triuno permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él—v. 23.
- B. Cuando más amemos al Señor, más estaremos en Su presencia, y cuanto más estemos en Su presencia, más disfrutaremos de todo lo que Él es para nosotros; el recobro del Señor consiste en recobrar nuestro amor por el Señor Jesús—1 Co. 2:9-10; Ef. 6:24.
- V. Al prestar atención a la enseñanza interna de la unción todo-inclusiva, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros—1 Jn. 2:27:
- A. Permanecemos en la comunión divina con Cristo al experimentar la limpieza que efectúa la sangre del Señor y la

- aplicación que el Espíritu que unge realiza en nuestro ser—Jn. 15:4-5; 1 Jn. 1:5, 7; 2:20, 27.
- B. Cristo, la Cabeza, es el Ungido y Aquel que unge, y nosotros somos Sus miembros que le disfrutan como la unción interna para el cumplimiento de Su propósito—He. 1:9; 3:14; 2 Co. 1:21-22.
- C. La unción, que es el mover y la obra que realiza el Espíritu compuesto dentro de nosotros, nos unge interiormente con Dios, de modo que seamos saturados de Dios, poseamos a Dios y entendamos la mente de Dios; la unción comunica los pensamientos de Cristo, de la Cabeza del Cuerpo, a Sus miembros, mediante el sentir interno, la conciencia interna, de la vida divina—Sal. 133; 1 Co. 2:16; Ro. 8:6, 27.
- D. Cuando la Cabeza quiere que uno de los miembros del Cuerpo se mueva, Él nos insinúa este deseo mediante la unción que opera en nuestro interior, y, a medida que cedemos a la unción, la vida fluye libremente desde la Cabeza hacia nosotros; si resistimos a la unción, nuestra relación con la Cabeza se verá afectada y se detendrá el fluir de vida en nuestro interior—Col. 2:19.
- E. La enseñanza de la unción del Espíritu no tiene nada que ver con lo correcto o lo incorrecto; antes bien, es un sentir interno que procede de la vida divina—Hch. 16:6-7; 2 Co. 2:13.
- F. Si nuestra vida natural es quebrantada por la cruz y si nos sometemos a la autoridad de Cristo y vivimos la vida que es propia del Cuerpo, tendremos la unción del Espíritu y disfrutaremos de la comunión del Cuerpo—Ef. 4:3-6, 15-16.
- VI. Al “activar” la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros—Ro. 8:2, 4:
- A. El hecho de que el Señor permanezca en nosotros y nosotros permanezcamos en Él tiene mucho que ver con el hecho de que Él sea el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu; por el abundante e incommensurable Espíritu que mora en nuestro espíritu, sabemos con plena certidumbre que nosotros y Dios somos uno, y que moramos el uno en el otro—1 Co. 15:45; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17; Fil. 1:19; Jn. 3:34; 1 Jn. 3:24; 4:13.
- B. La manera de permanecer en Cristo, en Aquel que nos reviste de poder de modo que Él se active dentro de nosotros como el Dios que opera interiormente, la ley del Espíritu de vida, es

estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo—  
Fil. 4:13; 2:13; 1 Ts. 5:16-18; Col. 3:17.

VII. Al tener contacto con la palabra constante de las Escrituras, la cual está fuera de nosotros, y con la palabra presente, que es el Espíritu que mora en nosotros, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros—Jn. 5:39-40; 6:63; 2 Co. 3:6; Ap. 2:7b:

- A. Por la palabra escrita, que está fuera de nosotros, recibimos una explicación, definición y expresión del Señor misterioso, y por la palabra viva, que está dentro de nosotros, tenemos la experiencia del Cristo que permanece en nosotros y la presencia práctica del Señor—Ef. 5:26; 6:17-18.
- B. Si permanecemos en la palabra constante y escrita del Señor, Sus palabras vivas, las cuales Él nos da para el momento, permanecerán en nosotros—Jn. 8:31; 15:7; 1 Jn. 2:14.
- C. Nosotros permanecemos en Él y Sus palabras permanecen en nosotros, a fin de que podamos hablar en Él y Él pueda hablar en nosotros, para que sea edificado Dios en el hombre y el hombre en Dios—Jn. 15:7; 2 Co. 2:17; 13:3; 1 Co. 14:4b.

## MENSAJE OCHO

### PERMANECER EN CRISTO

Oración: Señor, gracias por este mensaje. Estamos reunidos en torno a Tu palabra y a Tu fresca presencia. Repudiamos todo lo que somos. Declaramos enfáticamente que no somos nada, que nada tenemos y nada podemos hacer; pero Tú dijiste que si permanecemos en Ti y Tú permaneces en nosotros, nada será imposible para nosotros. Señor, confiamos, pues, en este mutuo morar. Permanecemos en Ti y creemos que Tú permaneces en nosotros. Al morar así, permaneciendo el uno en el otro, podemos disfrutar de todo lo que Tú eres. Moisés, varón de Dios, dijo en su oración que Tú has sido nuestra habitación, nuestra morada, de generación en generación. ¡Que pensamiento tan grandioso es éste: que Dios pueda ser la morada del hombre! Aun así, ya no estamos en la era del Antiguo Testamento como Moisés, sino en la del Nuevo Testamento. Tú has pasado por la muerte y la resurrección, y es en Tu resurrección que eres nuestra habitación real, nuestra morada real. Más aún, hemos llegado a ser Tu morada. El hombre permanece en Dios, y Dios en el hombre. ¡Qué milagro! ¡Qué misterio! Estamos llenos de asombro y llenos de gozo por esto. ¡Te adoramos y te alabamos por esta realidad maravillosa que poseemos hoy! Señor, muéstranos aún más de esta realidad en este mensaje. Oramos pidiéndote que nos concedas la mente y las palabras que proceden del Espíritu de tal modo que podamos comunicar lo que es del Espíritu. Señor, tenemos presente que aun si conociéramos y entendiéramos todos los misterios, sin amor, nada seríamos. Estamos aquí permaneciendo en Tu amor, y te decimos nuevamente que te amamos. Y debido a que te amamos, también nos amamos unos a otros. Queremos permanecer en este ámbito de amor y luz, el cual es el ámbito del Dios Triuno. No queremos dejar este ámbito. Queremos permanecer aquí hasta que hayamos sido plena, total, completa y mutuamente incorporados a Ti a fin de que obtengas la maravillosa incorporación universal que buscas para satisfacción de Tu corazón. Señor, permanece con nosotros durante todo este mensaje. Confiamos en Ti. Amén.

Hay una canción que se escribió tomando como base varias oraciones que el hermano Lee solía hacer durante los últimos días de su ministerio. Estas oraciones fueron combinadas a fin de componer el siguiente cántico:

Oh, te amo, Señor.  
 Sí, te amo en verdad;  
 No es nada la vida sin Ti.  
 Atractivo eres Tú,  
 Cautivado yo estoy;  
 Tus riquezas, ¡qué insondables son!

Tu nombre, al invocar,  
 Satisface el corazón;  
 Mío eres, y yo Tuyo soy.  
 Nueva Jerusalén,  
 Dios y hombre en unión,  
 Dulce mezcla e incorporación.

A manera de introducción para este mensaje que trata sobre permanecer en Cristo, quisiera compartir algo con respecto a la intención y propósito que se halla profundamente arraigado en el corazón del Dios Triuno: la incorporación universal. También quisiera recomendarles el libro titulado: *El resultado de la glorificación de Cristo efectuada por el Padre con la gloria divina*, el cual está compuesto de mensajes dados por el hermano Lee en 1996 en una Conferencia del Día de Acción de Gracias. En este libro el hermano Lee nos trae abundante revelación concerniente a la incorporación divino-humana. Sería bueno que leyéramos o repasáramos este libro.

Comenzaré hablando sobre el tema de la incorporación. Después, tendremos alguna comunión sobre la manera en que esta incorporación se desarrolla hasta alcanzar su máxima consumación: la Nueva Jerusalén. Finalmente, hablaremos sobre el asunto de permanecer en Cristo y, en particular, sobre este mutuo permanecer como condición necesaria para que esta gran incorporación ilimitada de Dios y hombre pueda ser realizada, cultivada, desarrollada e, incluso, consumada en este universo. Oremos y tengamos fe en que el Señor Espíritu nos vigorizará y sustentará mientras nos esforzamos por profundizar en este tema de crucial importancia.

#### LA INCORPORACIÓN UNIVERSAL DEL DIOS TRIUNO

De acuerdo con la revelación divina, la relación que existe entre los creyentes y el Dios Triuno puede ser descrita mediante tres palabras: *unión, mezcla e incorporación*. Con el tiempo, esta relación resultará en una unidad divina cuya fuente y realidad reside en la Trinidad Divina. La palabra *unión* describe una unidad en vida. Es la unión de dos vidas que son diferentes aunque muy parecidas. Esta unión es una unión en vida. Para ilustrar esta unión, el apóstol Pablo usa la metáfora del injerto en Romanos 11:24, donde dice: “Tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el olivo cultivado”. El injerto de las ramas del olivo silvestre en el olivo cultivado es usado para representar la unión en vida que ocurre entre los creyentes de Cristo y Cristo mismo.

La palabra *mezcla* se refiere a la unidad en naturaleza. Esta mezcla es la combinación de la naturaleza divina con la humana y está tipificada por la ofrenda de harina, compuesta de flor de harina mezclada con aceite (Lv. 2:4-5). El versículo 5 dice: “Si presentas una ofrenda de sartén, será de flor de harina sin levadura, amasada con aceite”. Aquí vemos que en la ofrenda de harina, la flor de harina y el aceite se mezclaban entre sí. No obstante, esta mezcla ocurrió de tal modo que no se produjo una tercera naturaleza. Ambos componentes todavía retenían sus propias características distintivas; no obstante, estaban plenamente mezclados y combinados.

La palabra *incorporación* se refiere a una unidad entre personas. El hermano Lee comenzó a usar esta expresión durante el último año de su ministerio. Lo que queremos decir con esto no es lo que normalmente se entendería en el ámbito empresarial. No debemos ser distraídos con la palabra en sí; más bien, tenemos que procurar captar su significado intrínseco. *Incorporación* se refiere a una unidad disfrutada entre personas, no solamente a la unidad basada en la vida o en la naturaleza. La incorporación es la coinherencia, es decir, el mutuo morar que ocurre entre Dios y el hombre de tal modo que llegan a ser una sola persona corporativa. Según el hermano Lee, esta incorporación agrandada, divina, humana, ilimitada y universal es el punto culminante del Evangelio de Juan y, por inferencia, el de todos los escritos de Juan, incluyendo sus Epístolas.

Podríamos decir que toda la Biblia nos revela una sola cosa: la incorporación universal. Hay muchas cosas en la Biblia, pero esta

incorporación es lo único que Dios quiere revelar. Nuestro Dios, el cual tiene un propósito en todo lo que hace, tiene una economía, y la intención que Él tiene en Su economía es obtener esta incorporación universal. Esta intención o propósito está profundamente arraigada en el corazón del Dios Triuno. No podemos conocerla meramente al acercarnos a Dios de una manera superficial. Esta intención divina se halla en lo profundo del corazón de Dios, en las profundidades del Dios Triuno, y Su deseo es obtener una incorporación universal entre Sí mismo y el hombre que Él creó.

Esta incorporación se inicia con el propio Dios Triuno. Los tres de la Trinidad Divina — el Padre, el Hijo y el Espíritu— conforman una incorporación divina que ha existido desde la eternidad. Ellos conforman una incorporación en virtud del hecho de que tienen una relación de coherencia, de operar como una sola entidad y de coordinar mutuamente el uno con el otro. Los tres de la Trinidad Divina son una incorporación tanto con respecto a lo que son como con respecto a lo que hacen. Éste es el inicio de la incorporación universal.

Aunque esta incorporación comenzó con Dios mismo, Su intención no concluye con esto; más bien, Su propósito es que todos Sus creyentes —a quienes Él escogió, conoció de antemano, eligió, llamó, redimió, justificó, santificó, regeneró, renovó, transformó, edificó conjuntamente como una sola entidad y glorificó— formen parte de una incorporación divino-humana agrandada en este universo. Éste es el aspecto intrínseco de la revelación que nos comunica Juan, y la Nueva Jerusalén es simplemente la consumación de esta incorporación universal. En el cielo nuevo y la tierra nueva, todos los incrédulos serán arrojados al lago de fuego, y todos los creyentes formarán parte de esta incorporación universal. Si no formamos parte de ella hoy, si la formaremos algún día. Tarde o temprano, seremos plena y completamente incorporados al Dios Triuno a fin de constituir la Nueva Jerusalén.

Esta incorporación se produce, desarrolla y alcanza su consumación en cinco etapas. La primera etapa de esta incorporación es el propio Dios Triuno en la eternidad pasada: el Padre, el Hijo y el Espíritu, quienes moran el uno en el otro y operan como una sola persona. Nosotros no tenemos parte en esto. En la segunda etapa esta incorporación comienza a alcanzar al hombre, pues ésta es la intención del corazón de Dios. En esta segunda etapa se halla involucrado el Señor Jesús en Su encarnación, la cual ocurrió en virtud de que Él dio un paso milagroso cuando, como Verbo, se hizo carne. Sin embargo, el Señor Jesús no vino

solo. El segundo de la Trinidad —el Hijo— vino como un hombre, pero vino con el primero y el tercero. Él vino del y con el Padre, y vino también con el Espíritu. El Espíritu estaba con Él, tanto dentro de Él en Su aspecto esencial como sobre Él en Su aspecto económico. Jesús fue la primera incorporación divino-humana, pero esta incorporación ocurrió únicamente en un individuo; no obstante, esto debe causarnos gran regocijo. ¡Aleluya! No sólo el Salvador nació, sino también un ser humano fue incorporado a la incorporación divina. Pero Él no se detuvo allí. La tercera etapa de la incorporación involucra a Cristo en Su resurrección por medio de Su muerte. Mediante Su muerte y resurrección, Cristo incorporó a todos Sus creyentes a esta incorporación. Esta incorporación ya no está conformada únicamente por Cristo, sino por Cristo y Sus creyentes. Por tanto, en esta etapa la incorporación divina creció y fue agrandada para incluir a los creyentes. La cuarta etapa de esta incorporación es el Cuerpo, la iglesia, que se produjo en la ascensión de Cristo y en Su descenso y derramamiento como Espíritu todo-inclusivo. El Día de Pentecostés en el aposento alto y, después, en casa de Cornelio, todos los creyentes fueron bautizados en un mismo Espíritu y en un solo Cuerpo (1 Co. 12:13). El Cuerpo de Cristo, el cual es el organismo universal del Dios Triuno, es Su incorporación agrandada y universal. El Cuerpo de Cristo no es una organización, una sociedad o un club; es el Dios Triuno agrandado. Esta incorporación divina incluye a todos los creyentes en todo tiempo y lugar. La quinta etapa de la incorporación es la Nueva Jerusalén, el máximo desarrollo y consumación de esta incorporación en la eternidad futura. En la eternidad pasada Él era Dios; sin embargo, en la eternidad futura Él será la Nueva Jerusalén, la incorporación del Dios Triuno procesado y consumado con todos Sus creyentes redimidos, regenerados, transformados y glorificados. Ésta es la incorporación divina y universal del Dios Triuno.

#### LA INCORPORACIÓN UNIVERSAL DEL DIOS TRIUNO EN JUAN 14

A fin de ver cómo se forma esta incorporación, tenemos que referirnos a Juan 14. Éste es el único capítulo de importancia crucial que revela este asunto de la incorporación universal del Dios Triuno.

En el versículo 1 el Señor les dice a Sus discípulos: “No se turbe vuestro corazón”. Esto indica que los corazones de los discípulos estaban turbados. Tenemos que morar en Dios, vivir en Él a cada minuto, pues al estar fuera de Él sólo encontraremos pecados y aflicciones. Los corazones de los discípulos estaban turbados aquella noche porque ellos

estaban fuera de Dios. El Señor les había hablado muchas cosas maravillosas, pero ellos todavía estaban fuera de Dios y separados de Cristo. Sin embargo, el Señor prosiguió: “Creéis en Dios, creed también en Mí”. La Versión Recobro es muy especial en su manera de utilizar la preposición griega *éis* traducida “en”. En realidad, este versículo no dice simplemente “creéis en Dios, creed también en Mí” sino que [según el griego] dice “creéis *hacia dentro de* Dios, creed también *hacia dentro de* Mí” [según lo indica la Versión Recobro en español mediante el uso de un asterisco y la nota correspondiente]. Esto se debe a que Dios se ocupa de donde estamos. El meollo del asunto es la mutua incorporación entre personas, es decir, que nuestra persona esté incorporada a la persona del Dios Triuno. Así pues, al comienzo mismo de este capítulo vemos una revelación concerniente a esta incorporación. Creer en Dios y creer en Cristo es, pues, ser incorporados a Dios y a Cristo. Más aún, estas palabras son prueba de la deidad de Cristo, pues aquí “Dios” es la misma persona a la que se refieren con el complemento “Mí”. Dios y Jesús son uno. Tenemos que declarar que Jesús es Dios. Estar en Dios es estar en Jesús. Estar en Jesús es estar en Dios.

El versículo 2 dice: “En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”. Estas palabras —*casa, moradas y lugar*— nos hablan, todas ellas, de ubicaciones. Como hemos visto, la unión de vidas puede ser ilustrada por el injerto de una rama de olivo silvestre en un olivo cultivado. Más aún, la mezcla de la naturaleza divina y la naturaleza humana es tipificada en el Antiguo Testamento por la ofrenda de harina descrita en Levítico 2:4-5. Pero la incorporación es ilustrada por medio de un lugar donde se mora, una morada, una casa. Todos estos términos se refieren a un lugar en el que podemos morar, permanecer y vivir. Es esto lo que claramente el Señor nos da a entender al decir: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros”.

En el griego las palabras que aquí se traducen “casa”, “moradas” y “lugar” son tres palabras diferentes y tienen diferente significado. La palabra traducida “casa” es *óikos* y se refiere a un lugar amplio para morar, tal como un edificio o una casa muy grande en la que pueden cohabitar muchos miembros de una misma familia. Esta palabra es usada para referirse a la casa del Padre, el *óikos* del Padre. Nosotros no nos vamos al cielo, como muchos creen basándose en su interpretación de este pasaje. Tenemos que combatir tal interpretación leudada. La casa del Padre no es el cielo; la casa del Padre es el Padre mismo que se

ha agrandado en Su Hijo, se ha hecho real para nosotros como Espíritu, y viene a nuestro ser para formar una gran casa, la cual es el Cuerpo de Cristo. En Juan 2:15-16 vemos que la casa del Padre es el templo, y en el versículo 21 vemos que el templo es el “templo de Su cuerpo”, que se refiere al cuerpo de Cristo. Mediante la muerte y resurrección de Cristo, el cuerpo del hombre Jesús se ha incrementado para ser el Cuerpo corporativo de Cristo, que es la iglesia, en la cual están incluidos todos los creyentes, a los cuales Él regeneró mediante Su resurrección. En la resurrección de Cristo, la iglesia fue producida como Cuerpo de Cristo, el cual es la casa de Dios, la morada de Dios, el templo de Dios (Ef. 1:22-23; 2:19-21; 1 Ti 3:15).

En la actualidad, hay quienes dicen: “Sólo Pablo habla del Cuerpo de Cristo. Juan no habla del Cuerpo de Cristo”. A estos les respondería: “Ustedes necesitan leer su Biblia”. Los versículos en Juan 2 nos muestran claramente que el apóstol Juan también habla del Cuerpo de Cristo. En Juan 14:2 la palabra griega traducida “moradas” es *moné*, que tiene la misma raíz de la cual procede la palabra que en otros versículos se ha traducido “permanecer”. Este sustantivo [morada] se refiere a un lugar en el que uno puede morar o permanecer. En esta gran casa nosotros los creyentes somos las muchas habitaciones, las muchas moradas, en las cuales Dios mora.

En el griego la palabra que aquí se traduce “lugar” es *tópos*. El Señor dice: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros”. Algunas personas usan este versículo para inferir que habrá una mansión muy hermosa en los cielos en cuya preparación el Señor ha laborado durante por lo menos dos mil años. Sin embargo, debemos ver que Él no ha dedicado dos mil años a laborar en los cielos en la preparación de tal lugar; en realidad, Él ha laborado aquí mismo, en la iglesia y entre las iglesias sobre la tierra. Para edificar la iglesia como morada de Dios, se requiere mucho tiempo. Todos nosotros debemos ver que estas palabras nos hablan de un lugar en el que todos podemos y debemos estar.

El versículo 3 dice: “Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis”. El lugar que el Señor prepara se refiere, en primer lugar, a la casa del Padre y, finalmente, al Padre mismo (v. 6). Esto indica que el lugar, la casa, y las moradas mencionados en estos versículos son, todos ellos, personas; es decir, no son espacios físicos, materiales o locales, sino personas. Los que moran en estos lugares son personas, y los propios lugares que sirven de morada también son personas. Al decir: “Voy,

pues, a preparar lugar para vosotros”, el Señor hacía referencia a Su partida mediante la crucifixión, y al decir: “Vendré otra vez”, se refería a Su retorno a ellos en resurrección. El versículo 3 termina diciendo: “Para que donde Yo estoy, vosotros también estéis”. ¿Adónde se dirigía el Señor por medio de Su muerte y resurrección? El Señor iba al Padre. Hoy, el Señor está en el Padre en Su condición de Cristo resucitado poseedor de humanidad. Mediante Su proceso de muerte y resurrección, Él se internó en el Padre mismo. La frase del versículo 3: *donde Yo estoy, vosotros también estéis*, es paralela a la frase del versículo 19: *porque Yo vivo, vosotros también viviréis*. Según el versículo 19, la vida que llevamos tiene como base el que fuimos hechos parte de esta incorporación, tal como se describe en el versículo 3, pues esta clase de vida se lleva en un determinado lugar físico: en Cristo y en el Padre. Primero es necesario que tengamos un lugar donde morar, donde vivir, para luego vivir en él. Tenemos que estar en Cristo antes de poder permanecer, morar, en el Dios Triuno.

El versículo 10 dice: “¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí?”. Esto se repite en el versículo 11, donde dice: “Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí”. Estas expresiones nos hablan de la incorporación de la Trinidad Divina. Después, el versículo 17 dice: “El Espíritu de realidad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; *pero* vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros, y estará en vosotros”. En este versículo el Espíritu de realidad no sólo está incluido, sino que también constituye la consumación de la incorporación, pues la incorporación de la Trinidad Divina está corporificada en Cristo y se hace real para nosotros como Espíritu consumado, es decir, el Cristo pneumático. Según este versículo, este Espíritu de realidad, no solamente permanece con nosotros, sino que también habría de estar *en* nosotros. El Espíritu está en nosotros. Esto quiere decir que el Dios Triuno —Padre, Hijo y Espíritu— está en nosotros en virtud de la ida y venida de Cristo mediante Su muerte y resurrección. Por tanto, la preposición *en* de este pasaje es muy significativa.

El versículo 20 dice: “En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros”. Éste es un versículo muy importante. El Señor nos dice: “Vosotros en Mí”, lo cual implica que los creyentes están en Él. Estamos en Cristo. En 1 Corintios 1:30 se nos dice: “Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús”. Estamos incorporados al Dios Triuno. Estamos en Cristo, y Cristo está en nosotros. Estamos en el Dios Triuno, y el Dios Triuno está en

nosotros. ¡Qué milagro! ¡Qué misterio! El Señor continúa diciendo: “Yo en vosotros” (Jn. 14:20). Esto quiere decir que este morar es recíproco. Nosotros moramos en Él, y Él mora en nosotros. Antes, Él era Él y nosotros éramos nosotros. Pero ahora nosotros estamos en Él, y Él está en nosotros. Las tres veces que aparece la preposición *en* en el versículo 20 se hace posible gracias al gran *en* al final del versículo 17. ¡Aleluya! ¡Estamos dentro! Efesios 2:12 dice: “En aquel tiempo estabais separados de Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. Hubo un tiempo en que estábamos fuera: separados de Cristo y sin Dios. Pero ahora estamos dentro. Hemos sido incorporados al Dios Triuno.

Más aún, en Juan 17:21 el Señor oró: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste”. Este versículo nos muestra la relación que existe entre Dios y el hombre al interior de esta unidad divina. El Padre está en Cristo y Cristo está en el Padre, de tal modo que los creyentes pueden ahora estar en Ellos. El Señor al orar no dijo: “Que también ellos estén en Mí”, sino: “Que también ellos estén en *Nosotros*”. Nosotros estamos en el Padre-Hijo. Nuestra “dirección” es Padre-Hijo. Es allí donde ahora vivimos. El versículo 23 comienza diciendo: “Yo en ellos”. Aquí “Yo” se refiere a Cristo, la corporificación del Dios Triuno —Padre, Hijo y Espíritu—, el cual está en los creyentes, a quienes se hace referencia al decir “ellos”.

Es imposible describir semejante maravilla con palabras humanas. Debido a esto, Juan usó el griego más sencillo a fin de confundir a los gnósticos. Ésta también es la razón por la cual el hermano Lee, para presentar un misterio tan grande, usó palabras simples y claras en lugar de terminología teológica que solamente los doctores en teología podrían comprender. Cuanto más complicadas son nuestras palabras, más perdidos estamos. Así que, Juan usó palabras sencillas para describir los misterios más profundos del Dios Triuno. Con toda confianza podemos decirle al Señor: “Tú estás en nosotros y nosotros estamos en Ti”.

El título de este mensaje es: “Permanecer en Cristo”. Con respecto a la manera en que permanecemos en Cristo, por un lado estamos *en* Él de una vez y para siempre; por otro, el grado en que estamos en Él tiene que ser incrementado. Todavía no estamos suficientemente *en* Él. El grado en que permanecemos en Él tiene que ser incrementado, y el número de personas que permanecen en Él también tiene que ser incrementado. En *La esfera divina y mística*, el hermano Lee dice: “Dios quería que

estuviéramos en Él” (pág. 40). Este asunto de estar en el Dios Triuno merece ser considerado detenidamente por nosotros. Debiéramos ponerle un marco a esta frase y colgarla en un lugar visible: “Dios quiere que estemos en Él”. ¡Es posible para nosotros estar en el Dios Triuno! Además de la Biblia, además de la revelación divina, ninguna religión o filosofía declaró alguna vez que una persona puede vivir dentro de otra. El mero hecho de ser conducidos a reflexionar sobre este asunto de la incorporación divino-humana es ser introducidos en “territorio santo”; por tanto, hemos sido honrados y tenemos el privilegio más elevado. El hecho de que estemos en el Dios Triuno y que podamos vivir con el Dios Triuno como una incorporación es la maravilla de maravillas.

Vivir en el Dios Triuno consiste en permanecer, en morar en Él. Permanecer en Cristo o permanecer en Dios es simplemente permanecer en esta incorporación divino-humana día tras día y hora tras hora. En el libro *Christ and the Church Revealed and Typified in the Psalms* [Cristo y la iglesia tal como son revelados y tipificados en Salmos], el hermano Lee declara: “El salmo 90 nos habla de las experiencias más profundas concernientes a Dios que tienen los santos” (pág. 170). Nosotros no solamente estamos unidos a Dios en vida (1 Co. 6:17), lo cual es maravilloso; y no solamente estamos mezclados con Él en nuestra naturaleza (cfr. Lv. 2:4), lo cual es maravilloso; sino que moramos dentro del Dios Triuno como personas (Jn. 14:17, 20). Nosotros y el Dios Triuno no solamente hemos unido nuestras vidas, y no solamente nos hemos unido en nuestras naturalezas; más bien, nos hemos unido en nuestras personas. De igual manera, Dios mismo no es simplemente una vida o una naturaleza en un sentido abstracto, sino que Dios es una persona. En conclusión, Su propósito es que personas sean mutua y conjuntamente incorporadas a esta incorporación universal. Dios anhela que, como personas, Él y el hombre puedan morar el uno en el otro recíprocamente. Hasta que Dios obtenga tal incorporación de personas que moran la una en la otra, Su propósito no será plenamente consumado.

Ahora quisiera enumerar seis aspectos concernientes a permanecer en Cristo. Tenemos que entender estos asuntos a fin de poder entender el verdadero significado de permanecer en Cristo. En primer lugar, la palabra que se tradujo “permanecer” (del griego *méno*) significa “quedarse, permanecer, demorar, hacer una travesía” y “morar”.

En segundo lugar, cuando hablamos de permanecer, nos referimos a una persona viva y no a un objeto inanimado; los objetos no pueden

permanecer en el sentido de morar. Cuando hablamos de permanecer, nos referimos a personas vivas que permanecen o residen en cierto lugar o estado. Por supuesto, según la Biblia, el lugar o estado en el cual permanecemos es también una persona: el Dios Triuno.

En tercer lugar, permanecer es ser partícipe de una relación; no solamente se refiere a nuestra posición. Sin soslayar el aspecto mencionado anteriormente, permanecer no es simplemente quedarse o permanecer en cierta posición. Permanecemos en Cristo no como quien permanece dentro de una caja o dentro de una casa, sino como quien participa de una continua relación con alguien; permanecemos en alguien. ¿Cuál es la naturaleza de esta relación? Esta relación es una de íntima comunión y dependencia. Cuando permanecemos en Cristo, dependemos de Él y somos partícipes de una comunión íntima con Él. Permanecer también implica disfrute o deleite. No sentiríamos sumo aprecio por el hecho de permanecer o morar en Dios a menos que esto no fuera deleitoso para nosotros. Por ejemplo, siempre que nos hospedamos en casa de alguien, nuestro anfitrión no nos deja en un cuarto vacío y luego cierra la puerta del mismo. No podríamos considerar esto como hospedaje; en tales condiciones no podríamos decir que moramos con nuestros anfitriones. Esto podría calificarse más apropiadamente como una especie de confinamiento solitario, como cierta clase de tortura. Así pues, ser hospedados es un ejemplo de la manera en que permanecemos en Cristo, pues ello necesariamente implica una dulce relación con nuestro anfitrión y es algo deleitoso.

Valiéndonos de una expresión coloquial, permanecer equivale a “sentirse en casa”. Estar en casa o sentirse en casa implica tener pleno acceso a todas las partes de la casa. Con frecuencia, al recibir huéspedes, les decimos “está usted en su casa”. Pero en realidad, no es esto lo que queremos decir literalmente, pues no nos sentiríamos cómodos si nuestros huéspedes invadieran la privacidad de nuestro dormitorio o si usaran el baño de nuestra alcoba o si se metieran en nuestro botiquín; eso sería abusar de nuestra hospitalidad. Pero, en este caso, cuando hablamos de permanecer, en verdad nos referimos a sentirnos en casa. Esto quiere decir que uno tiene pleno acceso a dicha morada y puede explorarla con entera libertad. Si su morada es Cristo, entonces usted ciertamente puede pasearse en Él y explorarlo en toda su extensión con toda libertad.

En cuarto lugar, este permanecer no es algo estático. No diríamos que un púlpito de madera permanece o mora en un salón, pues

simplemente fue colocado allí. Sin embargo, de una persona viva sí podemos decir que ella permanece o mora. Permanecer no implica un estado estático o fijo; más bien, es algo muy activo. Nosotros permanecemos de una manera viviente. Permanecer es vivir, conducirse y hacer nuestro hogar en un determinado lugar.

En quinto lugar, cuando se usa la palabra *permanecer* [*méno*] en el Nuevo Testamento, con frecuencia se refiere a morar en casa de otra persona, no en nuestra propia casa. Después que el Señor salvó a Zaqueo, le dijo: “Hoy es necesario que me quede [permanezca, gr.] en tu casa” (Lc. 19:5). El Señor no permaneció en Su propia casa, sino en la de Zaqueo. Después que el Señor fue concebido en María, María permaneció con su prima Elisabet. En el Evangelio de Lucas consta también que “se quedó [permaneció, gr.] María con ella como tres meses” (1:56). Nuevamente, María no permaneció en su propia casa, sino que moró con Elisabet. Dios no es nuestra casa original, nuestra morada original, pero vamos a permanecer en Él haciendo de Él nuestro hogar. Hemos de permanecer en Él hasta que llegue a ser nuestra residencia permanente.

En sexto lugar, la palabra *permanecer* es usada frecuentemente en el tiempo presente, lo cual denota una acción habitual. *Permanecer* implica algo continuo, constante y habitual. Por tanto, permanecer no es algo que hagamos de vez en cuando, cada vez que tenemos el deseo de hacerlo, sino que debe convertirse en nuestro estado habitual, algo que ocurre de continuo. *Permanecer* indica una acción permanente y continua.

**PERMANECER EN CRISTO ES MORAR EN ÉL,  
MANTERNOS EN COMUNIÓN CON ÉL,  
A FIN DE EXPERIMENTAR Y DISFRUTAR EL HECHO  
DE QUE ÉL PERMANECE EN NOSOTROS**

Permanecer en Cristo es morar en Él, mantenernos en comunión con Él, a fin de experimentar y disfrutar el hecho de que Él permanece en nosotros (Jn. 15:4-5; 1 Jn. 2:27). Permanecer en Cristo y mantenernos en comunión con Él es tener íntima comunión con Él de tal modo que podamos disfrutar de Su permanencia en nosotros. Siempre que permanecemos en Cristo, Cristo permanece en nosotros. Esto no puede ser algo unilateral ni ocurrir en un solo sentido. En la Biblia este permanecer es siempre recíproco, en ambas direcciones. En 1 Juan 3:24 se nos dice: “El que guarda Sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en

él”, y Juan 15 menciona varias veces que nosotros permanecemos en el Señor y Él permanece en nosotros (vs. 4-5, 7). Por tanto, este asunto de estar en el Dios Triuno y que el Dios Triuno esté en nosotros, y este asunto de permanecer en el Dios Triuno y que el Dios Triuno permanezca en nosotros, es siempre recíproco. Por tanto, nosotros participamos en una incorporación junto con el Dios Triuno.

**Permanecer en Cristo  
es vivir en la Trinidad Divina,  
es tomar a Cristo como nuestra morada**

Permanecer en Cristo es vivir en la Trinidad Divina, es tomar a Cristo como nuestra morada (1 Jn.2:6, 24, 27-28; 3:6, 24; 4:13). Tenemos que preguntarnos: “¿Es Cristo nuestra morada? ¿Dónde vivimos?”. Vivimos en Cristo, vivimos en el Dios Triuno, y el Dios Triuno es nuestra verdadera morada.

*Permanecer en Cristo es  
permanecer en el Hijo y en el Padre;  
esto es permanecer y morar en el Señor*

Permanecer en Cristo es permanecer en el Hijo y en el Padre (2:24); esto es permanecer y morar en el Señor (Jn. 15:4-5). El Dios Triuno es muy vasto y rico. Él es el Padre con la paternidad (Ef. 1:3-4) y es la fuente u origen con Su vida y naturaleza (Sal. 36:9; 2 P. 1:4). Él es el Hijo con Su maravillosa filiación (Mt. 3:17; Ro. 8:29), la cual incluye todos los derechos y privilegios de un hijo, así como la herencia que le corresponde. Él es el Espíritu con todos los ricos ingredientes del ungüento santo de la unción, incluyendo todos los procesos por los cuales Cristo pasó (Éx. 30:23-25; Jn. 7:39; Ap. 22:17). Además, Él es el Señor de todos y todo (Hch. 2:36); Él posee el reinado, el señorío y la autoridad de Cabeza en este universo. Por tanto, cuando hablamos de permanecer en Cristo, queremos decir que permanecemos en todo lo que Él es, todo cuanto Él como Dios Triuno procesado y consumado obtuvo y logró.

*Permanecer en Cristo es permanecer  
en la comunión de la vida divina  
y andar en la luz divina,  
esto es, permanecer en la luz divina*

Permanecer en Cristo es permanecer en la comunión de la vida

divina y andar en la luz divina, esto es, permanecer en la luz divina (1 Jn. 1:2-3, 6-7; 2:10). En 1 Juan no se habla textualmente de permanecer en la comunión de la vida divina. Sin embargo, el versículo 3 dice que tenemos comunión con el Padre y los apóstoles. Después, el versículo 6 habla de tener comunión con Dios, y el versículo 7, de tener mutua comunión entre nosotros. De manera implícita se nos dice que tenemos que permanecer o morar en esta comunión. En 1 Juan 2:10 se nos habla de permanecer en la luz. En el Evangelio de Juan se nos insta a permanecer en Su amor (15:10). Puesto que Dios es amor (1 Jn. 4:8) y Dios es luz (1:5), permanecer en estos atributos de Dios equivale a permanecer en Dios mismo.

**Permitir que Cristo permanezca en nosotros  
es vivir con la Trinidad Divina,  
esto es, tener la presencia de Cristo como nuestro disfrute,  
de modo que Él sea uno con nosotros,  
esté con cada parte de nuestro ser  
y participe en cada aspecto de nuestro vivir**

Permitir que Cristo permanezca en nosotros es vivir con la Trinidad Divina, esto es, tener la presencia de Cristo como nuestro disfrute, de modo que Él sea uno con nosotros, esté con cada parte de nuestro ser y participe en cada aspecto de nuestro vivir (Mt. 1:23; 18:20; 28:20; 2 Ti. 4:22; 2 Co. 2:10; 1 Co. 7:24). Permanecer en Cristo es un requisito previo para que, en reciprocidad, Cristo permanezca en nosotros al mismo tiempo. El grado en el que permanezcamos en Cristo determinará el grado en que Cristo permanecerá en nosotros. Este proceso es un proceso progresivo de permanecer o hacer nuestra morada cada vez más y más, el uno en el otro. Cuanto más permanecemos en Él, más Él permanece en nosotros hasta que llega a ser nuestra residencia permanente y nosotros la Suya. Entonces, no solamente permaneceremos en Él, sino que estaremos mutuamente establecidos el uno en el otro de manera permanente, completa y absoluta. Queridos santos, ¿por qué permanece Cristo en nosotros? Cristo permanece en nosotros a fin de que podamos vivir con la Trinidad Divina. Vivir con la Trinidad Divina equivale a que Cristo permanezca o more en nosotros. Cuando Cristo permanece y mora en nosotros, entonces disfrutamos de la presencia de Cristo como nuestro deleite. Entonces, Él es uno con nosotros y es uno con cada parte de nuestro ser y con todo aspecto de nuestro vivir.

*Permitir que Cristo permanezca en nosotros  
es permitir que las palabras de Cristo  
permanezcan en nosotros a fin de que se  
lleve fruto que permanezca para glorificación del Padre*

Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que las palabras de Cristo permanezcan en nosotros a fin de que se lleve fruto que permanezca para glorificación del Padre (Jn. 15:7-8, 16.). El versículo 7 habla de que permanecemos en Cristo y Sus palabras permanecen en nosotros. En realidad, que Sus palabras permanezcan en nosotros equivale a que Él permanezca en nosotros. Cristo está corporificado en Sus palabras, tal como Él lo dijo en Juan 6:63: “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. Es como si el Señor dijera: “Cuando mis palabras permanecen en vosotros, Yo permanezco en ustedes. Es cuando ustedes permiten que Mis palabras permanezcan en ustedes, moren en ustedes y hagan su hogar en ustedes, que Yo permanezco en ustedes”. Quiera el Señor que permitamos que Sus palabras hallen amplia cabida en todas las partes de nuestro ser interior para morar en el mismo. De este modo, Él permanece en nosotros y nosotros podremos llevar fruto para la gloria del Padre (15:7-8).

*Permitir que Cristo permanezca en nosotros  
es permitir que el Espíritu de realidad,  
quien es la presencia del Dios Triuno, permanezca en nosotros*

Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que el Espíritu de realidad, quien es la presencia del Dios Triuno, permanezca en nosotros (14:17). No solamente las palabras del Señor permanecen en nosotros, sino que también el Espíritu permanece, mora, en nosotros. A la postre, es el Espíritu-palabra, el propio Dios Triuno en Cristo como Espíritu de realidad, quien permanece en nosotros.

**DEBEMOS PERMANECER EN CRISTO,  
NUESTRO REY Y NUESTRA MORADA REAL,  
A FIN DE QUE ÉL PUEDA PERMANECER EN NOSOTROS  
Y CONVERTIRNOS EN SU REINA  
Y SU PALACIO REAL, SU IGLESIA GLORIOSA**

Debemos permanecer en Cristo, nuestro Rey y nuestra morada real, a fin de que Él pueda permanecer en nosotros y convertirnos en Su reina y Su palacio real, Su iglesia gloriosa (Sal. 45:13, 8; Jn. 15:4-5; Ef. 5:27; Ap. 22:5; Ro. 5:17; cfr. Cnt. 6:4). Nuestro Dios, nuestro Cristo,

es el Rey de este universo. Debido a que Él es el Rey y a que nos engendró como Su propia especie, llegamos a ser pequeños reyes. Cristo y nosotros constituimos una familia real. No moramos en Él como si fuera una choza, una cabaña californiana o un iglú esquimal; moramos en Él como en nuestro palacio real. No considere que se encuentra en una pequeña caja. Cuando usted está en Cristo, está en un palacio real y cuando Cristo mora en usted, también usted debe ser Su morada real. En 1 Corintios 6:19 se nos dice que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. No debemos destruir ni arruinar nuestro cuerpo mediante el pecado ni con las cosas del mundo, puesto que él es la morada real del Espíritu Santo.

El salmo 45 dice que la hija del rey es toda gloriosa en su morada real (v. 13). “La hija del rey” se refiere a la iglesia, la cual toma a Cristo como su morada real. Nuestra morada real es Cristo como nuestro Rey; nuestro Rey es nuestra morada. Finalmente, Él también permanecerá, morará, en nosotros, y al hacerlo, nos hará Su reina. De hecho, Él vive en Su reina, y ella es Su palacio real. ¿Habían visto alguna vez a un marido y su esposa vivir el uno dentro del otro? Con Cristo como Rey y la iglesia como Su reina, el Rey mora en la reina y la reina en el Rey. Tal pareja es la Nueva Jerusalén, en la cual el Esposo mora en la esposa y la esposa en el Esposo.

Los creyentes moran en Cristo, su morada real, al recibir la abundancia de la gracia y del don de la justicia a fin de reinar en vida como los co-reyes de Cristo (Ro. 5:17, 21), y Cristo el Rey mora en los creyentes para impartirles la abundancia de la gracia y del don de Su justicia haciéndolos Su reina, Su palacio real. Esta morada mutua y real es el edificio real de Dios en el universo, cuya consumación es la Nueva Jerusalén. En la Nueva Jerusalén, el templo y el palacio son uno. Por la eternidad adoraremos y reinaremos desde este mismo lugar: Dios mismo.

**Permanecer en Cristo es morar en Él,  
el Dios eterno, nuestro Señor,  
viviendo en Él y tomándole como nuestro todo**

Permanecer en Cristo es morar en Él, el Dios eterno, nuestro Señor, viviendo en Él y tomándole como nuestro todo (Jn. 15:4-5; 1 Jn. 4:15-16; Ap. 21:22; Dt. 33:27a; Sal. 90). El salmo 90 es un salmo maravilloso escrito por Moisés, un hombre de Dios. En el versículo 1 Moisés alaba a Dios, diciendo: “Señor, Tú nos has sido morada [heb.] / de generación

en generación”. Fue por medio de Moisés que la ley fue dada en el Antiguo Testamento; no obstante, en lo profundo de su ser él tenía la convicción de que, de alguna manera, la verdadera morada del pueblo de Israel debía ser el propio Dios eterno. Aunque hoy en día la revelación que tenemos va mucho más allá que la que tenía Moisés, según el propio Moisés podemos morar en el Dios Triuno eterno, nuestra morada. Morar en Dios significa sencillamente que vivimos en Dios. En el *Estudio-vida de los Salmos* el hermano Lee dice que “podemos decirles a las personas que pueden beber, comer y respirar al Señor Jesús; pero ¿le ha dicho usted alguna vez a alguien que puede morar en el Señor? Morar en el Señor es más profundo que beber de Él” (pág. 416). En el salmo 36 se habla de ser saturados de la grosura de Su casa y de beber del torrente de Sus delicias (v. 8). Allí comemos y bebemos a Cristo, pero la experiencia de morar en Dios (de tener a Dios como nuestra morada) es más profunda que el comer y beber. En realidad, vivir y morar en Dios nos coloca en posición de comer y beber de Cristo.

**Debemos morar en Dios,  
viviendo en Él a cada minuto,  
porque fuera de Él lo único que encontramos  
es pecados y aflicciones**

Debemos morar en Dios, viviendo en Él a cada minuto, porque fuera de Él lo único que encontramos es pecados y aflicciones (90:3-11; Jn. 16:33). Incluso cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra como un hombre, Él tomó a Dios el Padre como Su refugio (Sal. 91:9-11; cfr. Mt. 4:6). Hoy en día, debemos ser uno con Cristo, identificarnos plenamente con Cristo y tomar a Dios como nuestra morada tal como lo hace Cristo. Puesto que el Padre era la morada de Cristo, podía llegar a ser todo para Él.

Todos los problemas de nuestra vida diaria surgen porque salimos de nuestra posición de morar en Cristo. Los problemas surgen cuando estamos fuera de nuestra morada, fuera de la incorporación que tenemos con el Dios Triuno. Debemos permanecer en la incorporación, permanecer en Cristo y quedarnos en Él, en el Espíritu. Es por esta razón que invocamos al Señor. Cuando invocamos, diciendo: “Oh, Señor Jesús”, volvemos a nuestra morada. Además, es mediante este invocar que podemos permanecer en esta morada.

**Tomar a Dios como nuestra habitación,  
nuestra morada eterna, es la experiencia más elevada  
y más completa que podemos tener de Dios**

Tomar a Dios como nuestra habitación, nuestra morada eterna, es la experiencia más elevada y más completa que podemos tener de Dios (Sal. 91). En el cuarto de los libros que agrupan los Salmos, sección en la que se hallan incluidos los salmos 90 y 91, se nos revela que, por último, Dios se ha propuesto recobrar Su título de propiedad y Sus derechos sobre toda la tierra. En el *Estudio-vida de Salmos* el hermano Lee indica que “nuestra experiencia de morar en Dios prepara el camino para que Cristo venga a poseer la tierra a fin de que así Dios pueda recobrar Su título de propiedad y Su derecho sobre la tierra [...] Si los santos no experimentan de una manera más profunda a Dios, Dios no podrá recobrar el título de propiedad y el derecho” (pág. 419). Esta cita refleja fielmente el hablar actual del Señor entre nosotros estos días. Si Dios no obtiene un grupo de vencedores que lleven la vida corporativa que es propia del Dios-hombre, la novia no será preparada y el Señor no podrá regresar.

Creemos que estamos viviendo en los últimos días. Los eventos que se vienen sucediendo no solamente ocurren de manera visible y externa en el contexto de la situación mundial, sino que algo está sucediendo en la esfera divina y mística. El Señor tiene que obtener plenamente esta morada y completarla a fin de dar consumación a la incorporación divino-humana. De este modo, Él podrá volver a reclamar Su título de propiedad y Sus derechos sobre toda la tierra. Por consiguiente, ¡cuán significativo y cuán necesario es que permanezcamos en Cristo!

**PERMANECER EN CRISTO, TOMÁNDOLE COMO NUESTRA MORADA,  
Y PERMITIRLE QUE MORE EN NOSOTROS  
Y NOS USE COMO SU MORADA,  
ES VIVIR EN LA REALIDAD DE LA INCORPORACIÓN UNIVERSAL  
DEL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO  
CON LOS CREYENTES REDIMIDOS Y REGENERADOS**

**La Nueva Jerusalén es la máxima incorporación  
del Dios Triuno procesado y consumado  
con la iglesia tripartita que ha sido regenerada, santificada,  
renovada, transformada, conformada y glorificada**

Permanecer en Cristo, tomándole como nuestra morada, y permitirle que more en nosotros y nos use como Su morada, es vivir en la

realidad de la incorporación universal del Dios Triuno procesado y consumado con los creyentes redimidos y regenerados (Jn. 14:2, 10-11, 17, 20, 23). La Nueva Jerusalén es la máxima incorporación del Dios Triuno procesado y consumado con la iglesia tripartita que ha sido regenerada, santificada, renovada, transformada, conformada y glorificada (Ap. 21:3, 22).

**La Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios,  
y el centro del tabernáculo es Cristo, el maná escondido;  
la manera de ser incorporados  
a esta incorporación universal divino-humana,  
que es la morada mutua de Dios y el hombre,  
es comer a Cristo como el maná escondido**

La Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios, y el centro del tabernáculo es Cristo, el maná escondido; la manera de ser incorporados a esta incorporación universal divino-humana, que es la morada mutua de Dios y el hombre, es comer a Cristo como el maná escondido (v. 3; Éx. 16:32-34; He. 9:4; Ap. 2:17). Tal vez el mejor ejemplo de que moramos en el Dios Triuno como incorporación universal divino-humana es considerar la ubicación del maná escondido en el tabernáculo. El maná escondido estaba en la urna de oro (He. 9:4), y la urna estaba dentro del Arca, la cual estaba construida de madera de acacia revestida de oro (Éx. 25:10-11). A su vez, el Arca se encontraba en el Lugar Santísimo, el cual tenía la forma de un cubo (26:8, 16; 26:33 y la nota). Finalmente, el Lugar Santísimo se hallaba dentro del tabernáculo (v. 33). Por ende, el maná estaba realmente escondido; se encontraba detrás de cuatro capas: la urna de oro, el Arca, el Lugar Santísimo y el tabernáculo.

El significado espiritual de cada asunto y su progresión aclararán aún más el misterio que entraña el permanecer en Cristo. El maná escondido representa al Cristo escondido, Aquel que está escondido en Dios (Jn. 14:10a, 11a; Col. 3:3). La urna de oro representa la naturaleza divina del Padre (2 P. 1:4), y el Arca con sus dos naturalezas representa a Cristo, quien es la mezcla de la divinidad con la humanidad (Ro. 1:3-4). El Lugar Santísimo representa a nuestro espíritu en el cual mora el Espíritu (He. 10:19; 2 Ti. 4:22). El Lugar Santísimo no es tan fácil de describir o representar, pues no solamente representa a nuestro espíritu humano, sino a nuestro espíritu en el cual mora el Espíritu. Por lo tanto, en resumen, Cristo el Hijo como maná escondido mora en Dios el Padre, quien es la urna de oro. Luego, Dios el Padre como urna de

oro mora en Cristo, quien es el Arca que posee dos naturalezas. ¿Cómo puede ser esto posible? Es un misterio. El Arca, que tiene en su interior la urna de oro, la cual contiene el maná escondido, se encuentra en el Lugar Santísimo, lo cual tipifica nuestro espíritu como morada del Espíritu Santo. Finalmente, el Lugar Santísimo se encontraba dentro del tabernáculo, lo cual muestra que estamos en Cristo (1 Co. 1:30; Ro. 8:1). El maná escondido que está en el tabernáculo ilustra lo que es la incorporación divino-humana descrita en Juan 14:10, 17 y 20, donde el Señor dice: “Yo estoy en Mi Padre” (el maná escondido que está en la urna de oro), “vosotros en Mí, y Yo en vosotros” (el Lugar Santísimo que está en el tabernáculo y el Arca que está en el Lugar Santísimo), y “el Espíritu de realidad [...] en vosotros” (el Lugar Santísimo como nuestro espíritu, en el cual mora el Espíritu compuesto). Toda esta incorporación es posible debido a que el Espíritu mora en nuestro espíritu.

El maná escondido que se encuentra dentro del Lugar Santísimo también tipifica la Nueva Jerusalén. El Lugar Santísimo, que es un cubo, se ensanchará hasta llegar a ser la Nueva Jerusalén cúbica (Éx. 26:2; 1 R. 6:20; Ap. 21:16). Frecuentemente hemos ilustrado al hombre tripartito con tres círculos concéntricos. Sin embargo, podemos considerar ilustrarlo con tres cuadrados concéntricos debido a que nuestro espíritu es un cuadrado (Ef. 3:18-19), y la Nueva Jerusalén es un cubo. El pequeño “cuadrado” de nuestro espíritu necesita crecer, expandirse y ser agrandado. Esto significa que la incorporación divino-humana, la cual empieza con el maná escondido que se encuentra en la urna de oro dentro del Arca en el Lugar Santísimo, debe crecer y extenderse desde nuestro espíritu hacia nuestra alma —mente, parte emotiva y voluntad— y, finalmente, a nuestro cuerpo. El crecimiento y desarrollo de esta incorporación tendrá finalmente su consumación en la Nueva Jerusalén.

El punto más importante en cuanto a la aplicación para nosotros es que si queremos ser incorporados al Dios Triuno de esta manera, debemos permitir que Él crezca en nosotros. Debemos penetrar cada día en Él, en la urna de oro, y rodearnos y saturarnos de Él, del maná escondido. Tal como los chinos cantoneses comen siete veces al día, nosotros también debemos comer maná en el desayuno, almuerzo y cena, y también debemos tomarlo como refrigerio durante todo el día. Necesitamos comer del maná escondido y ser cada vez más incorporados a Él. ¡Aleluya! La manera de lograr esto es comer a Jesús; éste es el camino por el cual podemos ser incorporados al Dios Triuno.

**AL AMAR A CRISTO PERMANECEMOS EN ÉL  
PARA QUE ÉL PERMANEZCA EN NOSOTROS**

**Cuando amamos al Señor Jesús, Él se manifiesta a nosotros,  
y el Padre viene junto con Él para  
hacer morada con nosotros a fin de que lo disfrutemos;  
esta morada es una morada mutua, en la cual  
el Dios Triuno permanece en nosotros  
y nosotros permanecemos en Él**

Al amar a Cristo permanecemos en Él para que Él permanezca en nosotros (Jn. 14:21, 23). Cuando amamos al Señor Jesús, Él se manifiesta a nosotros y el Padre viene con Él para hacer morada con nosotros para que le disfrutemos; esta morada es mutua, en la cual el Dios Triuno permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él (v. 23).

**Cuanto más amemos al Señor, más estaremos en Su presencia,  
y cuanto más estemos en Su presencia,  
más disfrutaremos de todo lo que Él es para nosotros;  
el recobro del Señor consiste en recobrar  
nuestro amor por el Señor Jesús**

Cuanto más amemos al Señor, más estaremos en Su presencia, y cuanto más estemos en Su presencia, más disfrutaremos de todo lo que Él es para nosotros; el recobro del Señor consiste en recobrar nuestro amor por el Señor Jesús (1 Co. 2:9-10; Ef. 6:24). El versículo básico concerniente a que permanezcamos en el Señor conforme a Juan 14 es el versículo 23, que dice: “El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. En este versículo podemos percibir que el Dios Triuno nos pide amarle. ¿Qué le podemos dar nosotros al Señor? Dios sólo pide una cosa de cada uno de nosotros: que le amemos. Amar a Dios es lo único que podemos darle a Dios, e incluso este nuestro amor por Él no se origina en nosotros mismos, pues le amamos debido a que Él nos amó primero (1 Jn. 4:19).

Hoy en día, Cristo está a la espera de poder manifestarse a nosotros. El Espíritu ya mora en nosotros, y el Hijo anhela venir y manifestarse a nosotros. Cuando el Hijo se manifieste, el Hijo y el Padre vendrán a hacer morada con aquel que ama al Hijo. Cuando amamos al Señor, Él se manifiesta a nosotros. Hay muchas áreas de nuestra vida en las cuales nos sentimos inseguros, pero sólo necesitamos orar diciendo: “Oh, Señor Jesús, te amo”. El hermano Lee, al final de sus días, en la

etapa culminante de su ministerio, todavía podía orar de una manera muy sencilla y decir: “Oh, Señor, te amo. Realmente te amo”. Debemos amar al Señor a lo sumo, y entonces Él se manifestará a nosotros una vez tras otra. Al manifestarse, el Padre viene con Él y hace morada con nosotros, los que le amamos. Hacer morada significa que Él mora juntamente con nosotros. Incluso el Dios eterno no estaba acostumbrado a vivir con nosotros y en nosotros. Para Dios, somos un nuevo “apartamento”, una nueva morada. No obstante, Él quiere venir y manifestarse a nosotros, vivir en nosotros y hacer morada con nosotros. El amor es la condición requerida para que Él venga a nosotros, se manifieste a nosotros y haga morada con nosotros. Así pues, la clave para este mutuo permanecer: cuanto más amemos, más permaneceremos en Él, y más Él permanecerá con nosotros.

**AL PRESTAR ATENCIÓN A LA ENSEÑANZA INTERNA  
DE LA UNCIÓN TODO-INCLUSIVA,  
PERMANECEMOS EN CRISTO  
PARA QUE ÉL PERMANEZCA EN NOSOTROS**

Al prestar atención a la enseñanza interna de la unción todo-inclusiva, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros (1 Jn. 2:27).

**Permanecemos en la comunión divina con Cristo  
al experimentar la limpieza que efectúa la sangre del Señor  
y la aplicación que el Espíritu que unge realiza en nuestro ser**

Permanecemos en la comunión divina con Cristo al experimentar la limpieza que efectúa la sangre del Señor y la aplicación que el Espíritu que unge realiza en nuestro ser (Jn. 15:4-5; 1 Jn. 1:5, 7; 2:20, 27).

**Cristo, la Cabeza, es el Ungido y Aquel que unge,  
y nosotros somos Sus miembros  
que le disfrutan como la unción interna  
para el cumplimiento de Su propósito**

Cristo, la Cabeza, es el Ungido y Aquel que unge, y nosotros somos Sus miembros que le disfrutan como la unción interna para el cumplimiento de Su propósito (He. 1:9; 3:14; 2 Co. 1:21-22). Somos compañeros de Cristo (He. 3:14). Somos ungidos juntamente con Él de modo que no solamente permanecemos con Él, sino que finalmente laboraremos con el Dios Triuno. Según el apóstol Pablo, somos colaboradores de Dios. ¡Qué pensamiento más divino!

**La unción, que es el mover y la obra que realiza  
el Espíritu compuesto dentro de nosotros,  
nos unge interiormente con Dios,  
de modo que seamos saturados de Dios,  
poseamos a Dios y entendamos la mente de Dios;  
la unción comunica los pensamientos de Cristo,  
de la Cabeza del Cuerpo,  
a Sus miembros, mediante el sentir interno,  
la conciencia interna, de la vida divina**

La unción, que es el mover y la obra que realiza el Espíritu compuesto dentro de nosotros, nos unge interiormente con Dios, de modo que seamos saturados de Dios, poseamos a Dios y entendamos la mente de Dios; la unción comunica los pensamientos de Cristo, de la Cabeza del Cuerpo, a Sus miembros, mediante el sentir interno, la conciencia interna, de la vida divina (Sal. 133; 1 Co. 2:16; Ro. 8:6, 27). ¿Cómo podemos aprender a permanecer en Cristo? Lo hacemos por medio del sentir interno, sea éste de vida y paz o de muerte (v. 6). Cuando sentimos muerte, nos damos cuenta de que debemos volver a permanecer en el Señor y en la incorporación divino-humana. Debemos aprender a mantener el sentir de vida y paz en nuestro interior.

**Cuando la Cabeza quiere que uno de los miembros  
del Cuerpo se mueva, Él nos insinúa este deseo  
mediante la unción que opera en nuestro interior,  
y, a medida que cedemos a la unción,  
la vida fluye libremente  
desde la Cabeza hacia nosotros;  
si resistimos la unción, nuestra relación con la Cabeza  
se verá afectada, y se detendrá  
el fluir de vida en nuestro interior**

Cuando la Cabeza quiere que uno de los miembros del Cuerpo se mueva, Él nos insinúa este deseo mediante la unción que opera en nuestro interior, y, a medida que cedemos a la unción, la vida fluye libremente desde la Cabeza hacia nosotros; si resistimos a la unción, nuestra relación con la Cabeza se verá afectada, y se detendrá el fluir de vida en nuestro interior (Col. 2:19). Debemos asirnos de la Cabeza de tal modo que podamos disfrutar el suministro que procede de ella, la unción que fluye, incluso hasta el borde de las vestiduras, tal como se tipifica en

el salmo 133 mediante la unción derramada sobre Aarón, el sumo sacerdote.

**La enseñanza de la unción del Espíritu  
no tiene nada que ver  
con lo correcto o lo incorrecto;  
antes bien, es un sentir interno  
que procede de la vida divina**

La enseñanza de la unción del Espíritu no tiene nada que ver con lo correcto o lo incorrecto; antes bien, es un sentir interno que procede de la vida divina (Hch. 16:6-7; 2 Co. 2:13). Me preocupa sobremanera que nuestros jóvenes empiecen a discernir el sentir interno de la vida divina en su interior. Al conocer el sentir de la unción, podremos conocer “todas las cosas” (1 Jn. 2:27), lo que quiere decir que sabremos dónde estamos, quiénes somos, qué es lo que Dios quiere y lo que debemos hacer, cómo debemos ser, cuál es la naturaleza de Dios, cuál la vida de Dios y cuáles la voluntad y el corazón de Dios. Conocemos “todas las cosas” por medio de este sentir interno, este precioso unguento compuesto que se mueve y opera dentro de nosotros todo el tiempo. La enseñanza de la unción es algo imperativo que nos ordena permanecer en Él (v. 27). Cuánto necesitamos aferrarnos a la enseñanza de esta unción.

**Si nuestra vida natural es quebrantada por la cruz  
y si nos sometemos a la autoridad de Cristo  
y vivimos la vida que es propia del Cuerpo,  
tendremos la unción del Espíritu  
y disfrutaremos de la comunión del Cuerpo**

Si nuestra vida natural es quebrantada por la cruz y si nos sometemos a la autoridad de Cristo y vivimos la vida que es propia del Cuerpo, tendremos la unción del Espíritu y disfrutaremos de la comunión del Cuerpo (Ef. 4:3-6, 15-16).

**AL ACTIVAR LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA  
EN NUESTRO ESPÍRITU,  
PERMANECEMOS EN CRISTO  
PARA QUE ÉL PERMANEZCA EN NOSOTROS**

Al “activar” la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros (Ro. 8:2, 4).

**El hecho de que el Señor permanezca en nosotros  
y nosotros permanezcamos en Él,  
tiene mucho que ver con el hecho de que Él  
sea el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu;  
por el abundante e inconmensurable Espíritu  
que mora en nuestro espíritu,  
sabemos con plena certidumbre que nosotros  
y Dios somos uno, y que moramos el uno en el otro**

El hecho de que el Señor permanezca en nosotros y nosotros permanezcamos en Él, tiene mucho que ver con el hecho de que Él sea el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu; por el abundante e inconmensurable Espíritu que mora en nuestro espíritu, sabemos con plena certidumbre que nosotros y Dios somos uno, y que moramos el uno en el otro (1 Co. 15:45; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17; Fil. 1:19; Jn. 3:34; 1 Jn. 3:24; 4:13). Aparte del maravilloso Espíritu, el Cristo pneumático, no hay otra manera en que podamos permanecer en Cristo. La clave es el Espíritu procesado y consumado que, incluso, es la esfera divina y mística donde tiene lugar la incorporación divino-humana. Necesitamos disfrutar al Espíritu, ser saturados con este Espíritu y permanecer en el Espíritu.

**La manera de permanecer en Cristo,  
en Aquel que nos reviste de poder,  
de modo que Él se active dentro de nosotros  
como el Dios que opera interiormente,  
la ley del Espíritu de vida,  
es estar siempre gozosos,  
orar sin cesar y dar gracias en todo**

La manera de permanecer en Cristo, en Aquel que nos reviste de poder, de modo que Él se active dentro de nosotros como el Dios que opera interiormente, la ley del Espíritu de vida, es estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo (Fil. 4:13; 2:13; 1 Ts. 5:16-18; Col. 3:17). No debemos permanecer en confinamiento solitario, sintiendo lástima por nosotros mismos. Nuestro espíritu, en el cual mora el Espíritu, es un palacio real en el que alabamos, invocamos, cantamos, nos regocijamos y damos gracias por todo. Un espíritu gozoso es una clara señal de que permanecemos en Cristo.

**AL TENER CONTACTO CON LA PALABRA  
CONSTANTE DE LAS ESCRITURAS,  
LA CUAL ESTÁ FUERA DE NOSOTROS,  
Y CON LA PALABRA PRESENTE,  
QUE ES EL ESPÍRITU QUE MORA EN NOSOTROS,  
PERMANECEMOS EN CRISTO  
PARA QUE ÉL PERMANEZCA EN NOSOTROS**

Al tener contacto con la palabra constante de las Escrituras, la cual está fuera de nosotros, y con la palabra presente, que es el Espíritu que mora en nosotros, permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros (Jn. 5:39-40; 6:63; 2 Co. 3:6; Ap. 2:7b).

**Por la palabra escrita, que está fuera de nosotros,  
recibimos una explicación,  
definición y expresión del Señor misterioso,  
y por la palabra viva, que está dentro de nosotros,  
tenemos la experiencia del Cristo  
que permanece en nosotros  
y la presencia práctica del Señor**

Por la palabra escrita, que está fuera de nosotros, recibimos una explicación, definición y expresión del Señor misterioso, y por la palabra viva, que está dentro de nosotros, tenemos la experiencia del Cristo que permanece en nosotros y la presencia práctica del Señor (Ef. 5:26; 6:17-18).

**Si permanecemos en la palabra  
constante y escrita del Señor,  
Sus palabras vivas,  
las cuales Él nos da para el momento,  
permanecerán en nosotros**

Si permanecemos en la palabra constante y escrita del Señor, Sus palabras vivas, las cuales Él nos da para el momento, permanecerán en nosotros (Jn. 8:31; 15:7; 1 Jn. 2:14). Debemos permanecer en la palabra escrita del Señor a fin de que continuamente las palabras que Él nos da para el momento presente permanezcan en nuestro ser. Así pues, es necesario que Sus palabras no solamente vengan a nosotros, sino que ellas moren en nuestro ser, permanezcan dentro de nosotros y se queden permanentemente en nuestro ser.

**Nosotros permanecemos en Él  
y Sus palabras permanecen en nosotros,  
a fin de que podamos hablar en Él  
y Él pueda hablar en nosotros,  
para que sea edificado Dios en el hombre  
y el hombre en Dios**

Nosotros permanecemos en Él y Sus palabras permanecen en nosotros, a fin de que podamos hablar en Él y Él pueda hablar en nosotros, para que sea edificado Dios en el hombre y el hombre en Dios (Jn. 15:7; 2 Co. 2:17; 13:3; 1 Co. 14:4b). Si permanecemos en Cristo todo el tiempo, de nuestros labios fluirán poesías y profecías. Entonces, hablaremos Cristo unos a otros para la edificación de esta incorporación universal, agrandada e ilimitada de Dios con el hombre.

El tierno sentir de nuestro permanecer en Cristo puede resumirse muy bien en un versículo del Nuevo Testamento así como en la estrofa de un himno de un compositor cristiano. En Filipenses 3:9 el apóstol Pablo testimonia de su deseo de “ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia que es por la ley, sino la que es por medio de la fe en Cristo”. A la luz del misterio de nuestro permanecer en Cristo, este versículo es muy significativo. Ser hallado en Cristo es ser hallado permaneciendo en Cristo. Debe ser que los ángeles, los demonios, Satanás, los hombres y Dios nos hallen permaneciendo en Cristo. Que seamos hallados en Él para el subsiguiente crecimiento y expansión de esta incorporación universal. Finalmente, un cristiano de los principios de la iglesia escribió las siguientes líneas de poesía: “Entonces pues, que Dios les sea hogar a vosotros /Y vosotros, hogar a Dios / Permaneced en Dios / Y dejad que Él permanezca en vosotros”.

#### **CUATRO CARACTERÍSTICAS DE LA INCORPORACIÓN DIVINO-HUMANA UNIVERSAL**

La maravillosa incorporación divino-humana de la que hemos hablado en este mensaje está compuesta por cuatro personas. Vemos esta incorporación revelada en Efesios 4:4-6. Estos versículos hablan del Padre, del Hijo, del Espíritu y del Cuerpo. Estos cuatro están incluidos en esta incorporación divino-humana universal, y la cuarta persona, el Cuerpo, incluye a todos aquellos que creyeron en el Señor, fueron bautizados en Él y cuya esperanza está puesta en Él.

Esta incorporación universal posee cuatro características: reciprocidad o mutualidad, afinidad, intimidad y armonía. La reciprocidad

consiste en que estas personas existen en una relación de coinherencia. En esta coinherencia estas personas moran la una en la otra de manera recíproca. La segunda característica de la incorporación divino-humana universal es la afinidad. La palabra *afinidad* implica más que mera amistad, pues ella implica parentesco, una relación sanguínea o familiar. Así pues, estos cuatro —el Padre, el Hijo, el Espíritu y el Cuerpo— conforman una familia. Ésta es una familia que existe en una relación de coinherencia. Además, ésta es una familia que forma una incorporación; el Padre, el Hijo, el Espíritu y todos Sus hijos están incluidos en ese único Cuerpo. En tercer lugar, esta incorporación es de índole íntima, es decir, existe por naturaleza en intimidad. Los cuatro que conforman esta incorporación no son cuatro personas separadas y ajenas entre sí, sino que son miembros de una misma familia; o sea, en esta unión, mezcla e incorporación, estas cuatro personas son muy íntimas entre Sí. Finalmente, esta incorporación divino-humana tiene como característica la armonía. En esta maravillosa incorporación, el Dios Triuno y nosotros no solamente vivimos y existimos juntos, sino que laboramos conjuntamente como una sola persona. Esta labor se realiza en armonía. El primer grupo vital fue el propio Dios Triuno (Jn. 14:11; 15:26). Pero debido a que ahora nosotros hemos sido incorporados a la Trinidad Divina, nosotros los creyentes ahora formamos parte de este maravilloso grupo vital (14:20, 17).

#### LA PRÁCTICA DE PERMANECER EN LA INCORPORACIÓN DIVINO-HUMANA UNIVERSAL

Por fe y mediante el bautismo nosotros fuimos incorporados a este maravilloso Dios Triuno. Sin embargo, nuestro ingreso en esta incorporación es apenas el inicio, pues tal ingreso solamente nos pone en la posición correcta. Meramente haber sido puestos en esta incorporación no es suficiente, sino que es imprescindible que tengamos como práctica permanecer en esta incorporación, morar en esta incorporación.

La práctica de permanecer en esta incorporación no nos viene de manera natural. No es el resultado natural de haber sido puestos en la incorporación divino-humana. Si fuera así, el apóstol Juan no habría tenido que escribir tanto sobre esta práctica de permanecer en Cristo en su primera epístola. Aunque Dios nos creó con el propósito de que permaneciéramos en esta incorporación, nosotros no estamos acostumbrados a hacerlo. Por tanto, aun cuando hemos sido puestos en dicha

incorporación, ahora tenemos que permanecer y morar en ella hasta que llegue a ser nuestra residencia permanente.

Después de hablar sobre la incorporación divino-humana en Juan 14, el Señor dijo algo muy particular: “El que me ama, Mi palabra guardará; y Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (v. 23). En la eternidad el Señor ya había creado las moradas (v. 2), pero en la esfera temporal, Cristo tuvo que partir al ir a morir y tuvo que retornar en resurrección para poder crear Sus muchas moradas (v. 3). Estas moradas somos, en realidad, nosotros mismos mezclados con Cristo, el Espíritu. Así pues, en términos concretos, Cristo formó estas moradas al regenerarnos a todos nosotros en Su resurrección (1 P. 1:3). No obstante, el Señor declaró luego que Él y el Padre vendrían al creyente y harían morada con él. Esto se debe a que, en términos de nuestra experiencia, el Dios Triuno todavía tiene que venir a nosotros para hacer una morada con nosotros. Esto tiene lugar en el curso de cierto tiempo. Por el lado de Dios, Él tiene que venir a nosotros, a los que le aman, y aparecérsenos reiteradas veces. Cada vez que Cristo se aparece o manifiesta a uno de Sus creyentes, ello implica un avance en la formación de Su morada en términos de la experiencia personal de dicho creyente. Por nuestra parte, tenemos que amar al Señor, Cuanto más les amemos, más el Padre y el Hijo vendrán a nosotros, más se nos manifestará el Hijo a nosotros y más el Padre y el Hijo harán una morada con nosotros.

Nosotros también tenemos que permanecer en Él. Después que Él revela la morada mutua en Juan 14, el Señor revela la vid universal en el capítulo 15 y dice: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros”. En este pasaje de Juan 15, el Señor nos dice varias veces que tenemos que permanecer en Él y que Él debe permanecer en nosotros. Esto quiere decir que tenemos que practicar permanecer en Él del mismo modo en que el Dios Triuno practica permanecer en nosotros. Cuanto más moramos en él, más mora Él en nosotros; cuanto más permanecemos en Él, más Él permanece en nosotros; y cuanto más habitamos en Él, más habita Él en nosotros. Ésta es la razón por la cual Pablo ora pidiendo que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón (Ef. 3:17). La palabra que Pablo usa es *katoikéo* para referirse a “hacer Su hogar”, la cual implica arraigarse extendiéndose hacia abajo, propagándose y haciendo un hogar dentro de los corazones de los creyentes. Cuando Cristo hace Su hogar en nosotros de este modo, Él no solamente hace Su hogar en nuestro espíritu, sino que, al permanecer en nosotros, Él hace Su hogar en todo

nuestro corazón. En la misma medida en que Él hace Su hogar en nuestro corazón, crece también la incorporación divino-humana.

Cuando el apóstol Juan escribió sobre nuestra práctica de permanecer en esta incorporación, el usó un tiempo verbal que comunica una acción continua. Como resultado de esto, en sus escritos se halla implícita la idea de que nuestra práctica de permanecer tiene que ser una práctica frecuente, continua, constante e, incluso, habitual; lo cual es contrario a una práctica accidental, intermitente o al azar. No es saludable permanecer en Cristo cuando estamos en las reuniones de la iglesia pero dejar de permanecer en Él cuando no estamos en las reuniones. No obstante, esta experiencia es común en muchos. Para combatir esta clase de práctica en la que se permanece en Cristo de manera inconstante, Juan tuvo que recordarles a los creyentes que debían permanecer en Cristo de manera constante, continua, habitual e incesante. Tal permanecer continuo requiere la práctica. A esto se debe que el Nuevo Testamento nos hable de invocar el nombre del Señor como algo que hacemos todo el tiempo (Ro. 10:13), de regocijarnos siempre, de orar sin cesar y de dar gracias en todo (1 Ts. 5:16-18). Estas cosas no son simples actos cristianos. Estos son verdaderos medios que nos ayudan a permanecer en Cristo.

El Espíritu y las palabras del Señor constituyen la mejor ayuda que podemos tener para practicar permanecer en Cristo. Por un lado, tenemos la unción, el mover y la operación del Espíritu, todo lo cual nos ayuda a permanecer en Él: “Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él” (1 Jn. 2:27b); por otro, tenemos las palabras del Señor que nos ayudan a permanecer en esta incorporación. El Señor nos habla sobre Sus palabras en Juan 15:7: “Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros...”. Así pues, tenemos al Espíritu y tenemos las palabras del Señor. Al mezclar el Espíritu con las palabras del Señor cuando oramos-leemos las Escrituras, podremos hacer que nuestra práctica de permanecer en Cristo crezca.

**DIEZ VERSÍCULOS CLAVE  
SOBRE LA PRÁCTICA  
DE PERMANECER EN CRISTO**

Si leemos y estudiamos estos diez versículos de 1 Juan que tratan sobre la práctica de permanecer en Cristo, podremos obtener un aprecio más elevado de este asunto.

1. “El que guarda Su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; en esto sabemos que estamos en Él” (2:5). Aunque este versículo no menciona específicamente la práctica de permanecer, en él se deja claramente establecido que nosotros estamos en Cristo.
2. “El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo” (v. 6). Este versículo nos da a entender que quienes permanecen en Cristo tienen una obligación; a saber: tienen que identificarse plenamente con el andar y el vivir que tuvo Cristo en la tierra. Él anduvo y vivió al permanecer en el Padre, y nosotros tenemos que andar del mismo modo.
3. “En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (v. 24). Este versículo nos remite nuevamente al Verbo de vida mencionado en 1 Juan 1:1. En 1 Juan 2:24 se nos revela una de las condiciones para permanecer; a saber: si el Verbo de vida permanece en nosotros, nosotros permaneceremos en el Hijo y en el Padre. Por esta razón tenemos necesidad de que la palabra y el ministerio moren ricamente en nuestro ser y nos hablen todo el tiempo. Si el Verbo de vida no mora en nuestro ser, dejamos de cumplir una condición indispensable para poder permanecer en el Hijo y en el Padre.
4. “En cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en Él” (2:27). Este versículo nos informa de una provisión de la unción: la unción nos ayuda a permanecer en Cristo.
5. “Ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando Él se manifieste, tengamos confianza, y en Su venida no nos alejemos de Él avergonzados” (v. 28). Este versículo nos habla de la gloriosa esperanza y expectativa que tienen aquellos que permanecen en Él.
6. “Todo aquel que permanece en Él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (3:6). El resultado o manifestación de nuestra práctica de permanecer en Él es que no pecamos habitualmente.
7. “El que guarda Sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros, por el Espíritu

que nos ha dado” (v. 24). Este versículo nos revela otra de las condiciones para permanecer en Él: tenemos que guardar Sus mandamientos.

8. “En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros, en que nos ha dado de Su Espíritu” (4:13). Al igual que en 1 Juan 2:27, este versículo nos habla de algo que nos provee la práctica de permanecer. Al igual que la unción, el hecho de que el Señor nos ha dado de Su Espíritu hace que sepamos que permanecemos en Él.
9. “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios” (4:15). Este versículo revela otra de las condiciones para permanecer en Él; a saber: el que tenemos que confesar que Jesús es el Hijo de Dios. Es muy bueno que nosotros tengamos el hábito de invocar al Señor Jesús y declarar que Él es el Hijo de Dios, ésta es una condición para que permanezcamos en Él.
10. “Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (v. 16). Aquí vemos otra de las condiciones para permanecer en Él: tenemos que permanecer en amor, es decir, tenemos que amar a Dios y amar a los hermanos. Al permanecer en amor, permanecemos en Dios y Dios permanece en nosotros.

El Evangelio de Juan nos da otra condición para permanecer en Cristo. En el versículo 56 del capítulo 6 se nos dice: “El que come Mi carne y bebe Mi sangre, en Mí permanece, y Yo en él”. Si no comemos de la carne de Cristo ni bebemos de Su sangre, no tendremos relación alguna con Él, mucho menos podremos permanecer en Él. Así pues, la manera de permanecer en Cristo es comerle y beberle.—M. C.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

### La práctica de la justicia divina (Mensaje 9)

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:28—3:10a

- I. La comunión de la vida divina y la enseñanza de la unción divina deben dar por resultado: que el Dios justo sea expresado—1 Jn. 2:29; 3:7.
- II. La palabra *justo* de 2:29 se refiere al Dios justo mencionado en 1:9 y a Jesucristo el Justo, en 2:1:
  - A. La justicia de Dios es lo que Dios es en Su proceder con respecto a justicia y rectitud—Ro. 1:17; 3:21-22; 10:3:
    1. La justicia está relacionada con las acciones y actividades que Dios realiza—Ap. 16:7; 19:2.
    2. Dios es justo con respecto a Sus caminos, los cuales son los principios por los cuales Él se rige en lo que hace; la justicia es la naturaleza de las acciones de Dios—15:3; Sal. 103:7.
    3. Dios es justo con respecto a la sangre de Jesús Su Hijo, la cual satisfizo los justos requisitos de Dios para que Dios pudiera perdonarnos de nuestros pecados—1 Jn. 1:9.
  - B. En la ascensión Jesucristo es el Justo—2:1:
    1. Como Aquel que está en ascensión en los cielos, Cristo labora y ministra de manera justa.
    2. Como nuestro Representante legal, o nuestro Abogado, en los tribunales celestiales, Cristo es el Justo—v. 1.
- III. Hay dos aspectos en los que Cristo es la justicia de parte de Dios para los creyentes—1 Co. 1:30; Mt. 5:20:
  - A. El primer aspecto es que Cristo es la justicia de los creyentes para que ellos sean justificados objetivamente delante de Dios en el momento en que se arrepienten para con Dios y creen en Cristo—Ro. 3:24-26; Hch. 13:39; Gá. 3:24b, 27.
  - B. El segundo aspecto es que Cristo es la justicia que se expresa en el vivir de los creyentes como la manifestación de Dios, quien